

Sudán

Etiópia

Uganda

Kenia

Somalia

Lago Rodolfo



Samburu

Buffalo Springs



Isiolo

Nanyuki

Granja
Langani

Monte Kenia

Nyeri

Lago Victoria

Nairobi

Ferrocarril

Tanzania

Watamu
Gedi

Mombasa

Océano Índico



100 kilómetros

Prólogo

Llevaba más de dos horas corriendo, y ahora respiraba agitadamente y jadeaba. Tenía el cuerpo empapado en sudor. Las gotas le recorrían el grasiento torso, atravesando la costra de sangre seca, deslizándose bajo las cuentas que le adornaban las muñecas y los brazos, las tobilleras de cobre y el taparrabos de piel, que era todo cuanto llevaba puesto. A su alrededor, entre la maleza, se oía el murmullo de las criaturas en busca de comida. La noche africana retumbaba al son del triste rugido de un león que llamaba a su compañera, y la risa socarrona y demente de una hiena tras él, en las llanuras. En la lejanía se oía el murmullo de los búfalos, que se desplazaban entre los pastos, y el serpenteante curso del río. El guerrero no oía nada de esto. Tan sólo era consciente de su propia respiración, cortante y áspera, aspirando y espirando, y de los gritos que seguían resonando en su cabeza.

Tendría que haber habido sólo uno en el lugar de la muerte, un solo hombre gritando, rogando, suplicando clemencia. Pero él había permanecido en silencio hasta el final. Tan sólo sus ojos expresaban el desprecio que sentía por su verdugo, hasta que el guerrero ya no pudo enfrentarse más a su juicio, y su cuchillo ensangrentado acabó para siempre con su condena. No esperaba tanta sangre, ni que retendría tanto tiempo en los orificios nasales el olor fuerte y dulzón. Al correr, era como si su cuerpo apestara a ese olor. Todos los depredadores de la maleza debían olerlo. Como la hiena. Había venido a por la sangre, encorvándose y avanzando pesadamente entre los arbustos con su aliento fétido y su pelaje enmarañado y moteado. Atraída por el olor de la sangre y la promesa de la carne y los huesos que despedazar.

Tendría que haber dejado que matara a la mujer. No contaba con que apareciera, y ella estaba indefensa. En ese preciso instante, al ver él cómo los ojos de ella se agrandaban al reconocerlo, la hiena se había abalanzado sobre ella. Él había arrojado la lanza, la había visto alcanzar su objetivo, había observado cómo la criatura se derrumbaba. Y

entonces la mujer también empezó a caer, y, cuando empezaron los gritos, supo lo que ella había visto. Él también podía verlo, independientemente de la dirección en la que moviera la cabeza. El cuerpo del hombre estaba cercado con estacas en el suelo, con los brazos y las piernas abiertos, los genitales rebanados y embutidos en la silenciosa agonía de su boca, el vientre destripado, con sus entrañas derramadas sobre la tierra, las cuencas de los ojos sin vida vueltas hacia la luna, inmersas en la oscuridad. El guerrero seguía viendo esa imagen, seguía oyendo los gritos, mucho después de haber huido del lugar del sacrificio. Había abandonado la lanza en el cuello de la hiena y se había escurrido entre la maleza de alrededor, cubriendo el rastro de su paso como lo hacía su pueblo, sabiendo que los rastreadores no tardarían en ir a por él, buscando por toda la cresta indicios de la dirección que había tomado.

En esos primeros momentos lo invadió una euforia feroz, se sentía invencible. Había completado su búsqueda y cumplido con su juramento. Podía sentir el poder del *bhang* que había tomado antes del ritual y que seguía recorriendo su cuerpo, llenando sus ojos de fugaces imágenes llenas de color y misterio. Ya no sentía dolor al aspirar el aire en el interior del ardiente pasaje de la garganta. Le colmaba el pecho de oxígeno quemado, para volver a brotar con un silbido de entre sus dientes apretados, en una lluvia de baba espumosa. El corazón le latía con fuerza, amortiguando los ruidos que había dejado atrás, hasta convertirlos en un zumbido distante en el fondo de su conciencia. Llegó a una zona de densos arbustos y espinos y la bordeó corriendo, desviándose al cabo de unos minutos, para subirse a un crestón rocoso, donde quien lo siguiera perdería su rastro. Luego volvió sobre sus pasos lentamente, pisando sus propias huellas, hasta llegar a otro punto de la maleza. Agachado, se deslizó entre los matorrales, ajeno al arañazo de los espinos. La droga le alteraba la visión, como si estuviera observando alguna imagen lejana desde muy alto, y podía verse a sí mismo, moviéndose bajo los arbustos, culebreando como una serpiente, hasta que salió por el otro lado de la densa maleza. Tenía la piel desgarrada, y la sangre brotaba, confundándose con la sangre de su víctima, que ya le cubría el cuerpo. No hizo nada por limpiársela.

Había demostrado su valía, había dado muerte al enemigo. Eso apaciguaría al gran dios Kirinyaga. Se aplacaría la cólera de los espíritus de sus antepasados; se aplacaría la cólera del espíritu de su padre. Se irguió, dio media vuelta y desapareció en el interior de la selva, evitando las huellas de los animales, hasta que alcanzó un claro alejado de la cresta. Allí se detuvo, satisfecho tras haber cubierto su rastro lo suficiente. Con las manos temblorosas, abrió una pequeña bolsa que colgaba del cinto de piel del taparrabos, le dio unos golpecitos, para dejar caer parte de los polvos oscuros que contenía en la palma de la mano, y los aspiró profundamente con ambos orificios nasales. Un nuevo torrente de adrenalina para su sistema, de un poder y una fuerza que lo sacudieron, y entonces empezó a correr de nuevo, atravesando la noche al trote y emergiendo de la selva, bordeando la llanura, en dirección a su otro santuario. Se detuvo otras dos ocasiones para recuperar energía con los polvos que contenía la bolsa. Hasta que no quedó nada de la pócima, y aún le quedaba una larga distancia por recorrer antes de alcanzar su destino.

Los gritos volvían a reproducirse en su cabeza, y ráfagas de recuerdos le enturbiaban la visión, provocando que se diera de bruces con el duro suelo. El olor de la sangre del hombre muerto le invadía los pulmones, haciéndole sentir que inhalaba la muerte de su víctima con cada bocanada de aire. Entonces empezó a ver formas entre las sombras que lo rodeaban. Hienas. Corriendo tras él. Siguiéndolo. También le parecía olerlas, pero podía ser la esencia del animal que había atravesado con la lanza, o los efluvios de la sangre expiatoria de la víctima, que el calor de su propio cuerpo había enrañando. Su imaginación le mostraba siluetas que se movían bajo la luz roja, y tenía los orificios nasales repletos del hedor de carne quemada. Se desvió, sin querer ver quién podía haber encendido la hoguera ni qué podía estar quemándose. La imagen se desvaneció.

La oscuridad empezaba a disiparse, y en medio de aquel limbo entre la noche y el alba, cuando todo estaba gris y cubierto de neblina, ya no era capaz de distinguir entre lo que era real y lo que no lo era. Temía haberse adentrado sin querer en el mundo de los espíritus, no saber hallar el camino de regreso. No debería haber matado a la hiena. Había venido a devorar el espíritu del hombre, y él se lo había impedido. La hie-

na y el hombre muerto vagaban por el sendero de los espíritus, en su busca. Podían oler la sangre que lo cubría. Sintió que el pánico se apoderaba de él y quiso correr más deprisa. Una rama le dio en la cara y notó cómo se le caía el tocado, pero reprimió el impulso de detenerse a recogerlo. Ahora era un verdadero guerrero, tanto si llevaba el tocado de plumas y cuentas como si no.

Oyó otro grito, por encima del primero, y supo que procedía de sus propios labios, al volver a ver la hoguera. Esta vez la tenía justo ante él. Esta vez era real, y junto a ella había un hombre, con un cuchillo *panga*, con el que estaba despellejando a un antílope. El guerrero vio cómo la hoja brillaba a la luz de la hoguera. Se detuvo, jadeando. No podía permitir que nadie lo viera, que supiera que se había cruzado con él. El hombre había retrocedido, observándolo con expresión de alarma. Había estado cortando maleza, prendiendo un fuego para protegerse de los animales salvajes, pero ahora se enfrentaba a un enemigo más peligroso. En el suelo, junto a él, había una lanza corta. Aterrado, se agachó a cogerla mientras el guerrero se abalanzaba sobre él, gruñendo, cortando el primer tajo con su cuchillo.

A lo lejos, la manada de hienas aulló, transmitiéndose las noticias unas a otras. Había sangre. No tardarían en darse un banquete. Cuando el primer rayo de luz atravesó el paisaje, se acercaron, inundando el aire con el sonido de sus gruñidos y peleas, con el chasquido de sus mandíbulas y el crujido del hueso al hundir sus hocicos en el cadáver fresco.

1

Kenia, julio de 1957

La campana de la escuela sonó, pero la muchacha no se movió de donde estaba, en mitad del camino. Tarde o temprano la echarían en falta. Se volvería a meter en un lío. Aunque quizás el coche girara y se alejara por la verja antes de que descubrieran su ausencia, y entonces no pasaría nada. Llevaba toda la mañana pendiente de él, observándolo desde la ventana de la clase, hasta que la habían reñido. Después de las clases se había escabullido hasta la avenida, situándose donde no pudiera ser vista desde los edificios de la escuela. Era una tarde radiante, con nubes altas que recorrían el cielo, de un azul limpio, tras el chaparrón del día anterior. Tal vez la lluvia y las carreteras enfangadas hubieran aminorado la marcha.

Sarah Mackay clavó la mirada en la franja de carretera de *murram*, con el suelo rojizo aún húmedo. A su alrededor, la hilera de eucaliptos azules se balanceaba y estremecía, conversando con el viento. Le encantaban esos centinelas altos de corteza plateada de la meseta, que ahí llegaban a crecer hasta a más de dos mil metros por encima del nivel del mar. Por la noche, le cuchicheaban y susurraban, cuando yacía en la estrecha cama de su dormitorio, imaginándose en la costa, en su casa de Mombasa, a ochocientos kilómetros de allí.

Los patios quedaron desiertos tras la llamada de la campana. La envolvió una curiosa sensación de abandono, como si el mundo se hubiera alejado de repente sin ella y nunca más fuera a alcanzarlo. Podría sobrevivir durante siglos en un bucle temporal, a la espera de ese coche que nunca llegaría. Había heredado de su padre la silueta baja y fornida y el aspecto desaliñado y, por mucho que se esforzara, siempre llevaba la ropa arrugada. Sarah empezó a cantar, intentando dominar la inquietud. Era una muchacha robusta, de rostro redondo y ojos color avellana, de poca estatura para sus trece años. Cantar la ayudaba a ale-

jar la preocupación o la soledad, hasta que ya no las sentía, y sabía que era una cantante nata. A veces cantaba canciones conocidas, pero a menudo componía letras y melodías secretas sólo para ella. Era como volar, sin saber nunca si en la siguiente frase descenderías o te elevarías, o si aterrizarías sobre una de esas notas largas que te llenan de satisfacción y sabes que son el final perfecto. Sin embargo, Sarah notaba que esta canción en particular se negaba a acabar de salir. Se detuvo a imitar el canto de una oropéndola, posada en la acacia del borde del camino. Le gustó el silbido con el que le respondió, pero el ave no quiso proseguir la conversación y desapareció en busca de insectos. Le gustaba hablar con los animales. Sonriendo para sí, lanzó varios gruñidos, en un diálogo imaginario con un jabalí verrugoso.

El sol empezaba a bajar, dejando tras de sí un frío tenue que llevaba con él el aroma de las hogueras de leña que se encendían para la noche. Sarah empezaba a tener hambre. La carretera que había más allá de la escuela se extendía a lo lejos, recorriendo kilómetros de trigales y campos abiertos, hasta la franja oscura de árboles del borde de la escarpa. Cuando salía a caballo, le gustaba inclinarse desde la montura y recoger puñados de semillas y bayas. Luego las atravesaba con un alambre, haciendo con ellas una pulsera o gargantilla. Las joyas que elaboraba gozaban de mucha demanda, y estaba preparando un regalo de cumpleaños para su mejor amiga. Camilla Broughton-Smith le caía bien, aunque fuera tan ordenada, siempre la primera de la clase, y tan popular. Su padre era un hombre importante y también popular. Tal vez fuera cosa de familia. Habían ingresado juntas en la residencia escolar, y esa primera noche Sarah había llorado desconsolada durante horas, después de que el coche de sus padres hubiera desaparecido por el largo camino. Durante los días siguientes, su soledad no había hecho sino aumentar. Las otras chicas se burlaban de ella, de su añoranza, de cómo le colgaba el dobladillo del uniforme, de sus zapatos nuevos para la escuela, demasiado brillantes. Camilla había acudido en su rescate, deshaciéndose con desdén de las futuras acosadoras, ofreciéndose a ayudarla con los deberes y a compartir con ella su impresionante vestuario de fin de semana. La pluma de Camilla nunca perdía tinta, Camilla nunca se manchaba los dedos ni la blusa de la escuela. Tenía los cuadernos escolares impecables, al igual que la taquilla. Olvidaba como si nada problemas que para otros eran motivo de llanto.

A veces las profesoras comentaban que era muy dura para su edad, que algún día su coraza se rompería y las consecuencias serían desastrosas. A Sarah le hubiera gustado nacer con un caparazón igual de resistente.

Levantó la vista hacia el cielo, que empezaba a oscurecerse. Se metería en un buen lío si tenían que mandar a alguien a por ella después del té. Podía llegar a armarse una buena, como cuando encontró una culebra y la soltó en clase. Quien se había chivado era Hannah van der Beer, que observaba a Sarah y se tapaba con la mano esa enorme boca que parecía más grande cuando reía a carcajadas, mientras la hermana Evangelis soltaba un chillido y se levantaba de un salto de la silla. Hannah, con su cabello espeso del color del lino, su voz fuerte y su acento neutro. Sarah envidiaba en secreto la actitud dominante de la chica afrikáner. Te hacía sentir que no estabas a la altura, que eras una debilucha. Bóers, los llamaba su madre, gente de origen holandés de Sudáfrica. Habían llegado a principios de siglo, arrastrando sus carros cubiertos hasta alcanzar las tierras altas de Kenia y se establecieron en aquella tierra frondosa.

Los pensamientos de Sarah se dispersaron al divisar la columna de polvo lejana tras el coche que se aproximaba. El entusiasmo pasó a ser alegría acompañada de gritos de alborozo cuando el vehículo se hizo visible, desplazándose como un cometa por delante de la cola de polvo acompañante. ¡Sí! Un Mercedes gris, que ahora frenaba para girar al fondo del camino. Corrió a reunirse con su madre, con el semblante iluminado, los ojos brillantes y los brazos extendidos a modo de saludo. Había calculado las horas de coche que debía de haber desde Nairobi, donde Betty Mackay habría pasado la noche anterior. La escuela estaba a medio camino entre su casa de la costa y la capital de Uganda, donde su padre, Raphael, asistía a un congreso de medicina. A Sarah le habían dado permiso para pasar dos noches en el Country Club con su madre y volver a la escuela por la mañana, como las alumnas no internas. Como Hannah van der Beer.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritaba a modo de bienvenida. El coche se había detenido. Se abrió la portezuela y de su interior emergió una figura. Sarah se detuvo, confusa. Aquélla no era su madre.

—¿Mamá? —El sol le daba de lleno en los ojos. No distinguía quién era esa persona. La respuesta se la dio una voz con el típico deje africano de vocales abiertas.

—Creo que no soy quien esperas, querida. Soy la madre de Hannah van der Beer. ¿Sabes si está por aquí? He llegado tarde a buscarla.

Sarah, avergonzada, vio que Hannah ya se acercaba al coche. Un coche exactamente como el de los Mackay, sólo que éste tenía otra matrícula y una abolladura en el guardabarros delantero. ¿Y si aquella chica bóer había estado allí mientras ella entonaba esas canciones sin ton ni son y hacía ruidos infantiles de animales? Sarah se puso colorada. Jamás lo superaría. Empezó a hablar entre dientes, intentando que el disgusto no se transformara en lágrimas.

—Lo siento. Mi madre viene hoy. De la costa. De casa. Tiene el mismo tipo de coche. He creído que era usted. Esto... He creído que usted era ella...

La humillación le impedía mirar a la señora Van der Beer o a su hija. Sarah salió corriendo por el camino hacia los edificios de la escuela. Una vez en el patio interior, se apoyó en la pared, convertida en la viva imagen del sufrimiento. Hannah le explicaría a todo el mundo lo que había pasado, y la clase entera ser reiría de ella. Estaba segura. Pero la regla número uno de la supervivencia era no permitir que nadie supiera que podía hacerte daño. Había alguien a su lado, hablándole.

—¿Me has oído? Te he buscado por todas partes —repitió Camilla Broughton-Smith—. ¿Dónde has estado?

—Estaba esperando en el camino —Sarah trató de emerger de la penumbra en que se estaba asfixiando.

—Bueno, pues tu madre ha llamado. Una piedra le rompió el parabrasis. Se lo están arreglando en Nakuru y llegará mañana a la hora de comer. Vamos, chica... ¡que no se acaba el mundo, por el amor de Dios!

Sarah logró esbozar una sonrisa apenada. No había palabras para expresar su desánimo, cuando ni ella misma acababa de entenderlo. Había hecho el ridículo, y al día siguiente Hannah van der Beer se pondría las botas con sus rarezas. Tal vez debería explicarle a todo el mundo su humillante confusión e intentar bromear sobre el asunto. Desesperada, se quedó mirando a Camilla y luego se encogió de hombros.

—Gracias por el recado. Será mejor que me ponga con los deberes.

El Mercedes gris cruzó la verja del convento. Hannah van der Beer observó cómo los patios y los eucaliptos azules iban pasando por la ventanilla, fotogramas en color de luz y cielo. Pensaba en Sarah Mackay, que era capaz de cantar y bailar delante de la gente, que se le daba bien dibujar, que podía imitar a cualquier animal que se le antojara y hacer cosas bonitas con las manos.

«Y mírame a mí, una afrikáner grandota y descarada, que calza un cuarenta —pensó Hannah—. Ya sé que me llaman *yaapie* a mis espaldas. Nadie me considera italiana, como mamá.»

Carlotta van der Beer procedía de una familia italiana de Johannesburgo, pero su marido era un afrikáner que siempre la había llamado Lottie. Hannah se volvió a mirar el perfil recto de su madre, su cabello oscuro recogido en un moño, sus dedos morenos y curtidos enroscados sobre el volante. La madre de Sarah Mackay era rubia y bonita. Llevaba preciosos vestidos y tenía unas manos suaves que delataban que no se ocupaba de las tareas domésticas.

—¿Quién era esa chica? —preguntó Lottie.

—Una de mi clase.

—¿Es de muy lejos?

—De Mombasa. Tienen una casa junto al mar —respondió Hannah. El jardín daba a una playa blanca con palmeras. Los Van der Beer habían ido de vacaciones a la costa, y Hannah se hubiera quedado allí.

—Eso está lejos —dijo Lottie, pensativa—. Debe ser duro estar tan lejos de casa. ¿Y si la invitáramos a comer algún fin de semana?

—¿Qué? ¿Invitarla a la granja, dices? ¿A comer en casa con nosotros?

Hannah no era una alumna interna. Era toda una intrusa. Sarah era una interna de padres ingleses, o tal vez irlandeses..., de Europa, en cualquier caso. Diferente. Los granjeros afrikáners no se juntaban mucho con los típicos colonos de la comunidad de granjeros ingleses. Puede que su hermano le tomara el pelo a Sarah con algún juegucito idiota, pero se quedaría admirado al ver cómo imitaba a los pájaros y otros animales. Aunque Sarah también tenía un hermano, así que seguramente no pasaría nada. Sin embargo, si la granja le parecía demasiado ordinaria, se lo contaría a todas sus compañeras de clase, y Hannah se sentiría más que nunca una intrusa. Suspiró. Era una decisión difícil.

—¿Y bien? —A Lottie le sorprendía el largo silencio de su hija—. ¿Qué te parece?

—Se lo podríamos decir, supongo. Pero no sé si vendría.

Hannah se pasó tres semanas aguardando a que se dieran las circunstancias adecuadas para formular la invitación. Por alguna razón, Sarah Mackay apenas le hablaba y hasta parecía evitarla. De hecho, aunque Hannah llevaba dos años en la escuela, no contaba con ninguna amiga íntima entre las internas. Siempre parecían pertenecer a un mundo que la hija de unos granjeros afrikáners de tercera generación no podía compartir. Esas chicas eran de familias originarias de lugares como Londres o Dublín, o de sus alrededores. Todas venían de mansiones campestres o residencias urbanas a las que algún día regresarían. Finalmente, Hannah se encontró con Sarah a solas en el aula de artes plásticas. Estaba acabando un dibujo al carboncillo.

—Qué bonito, Sarah. Me gustaría saber dibujar como tú.

—No me está saliendo bien. —Sarah, con el ceño fruncido, estaba inclinada sobre el papel. Tenía el rostro manchado de carboncillo y, con manos impacientes, intentaba que le quedara mejor el sombreado.

—¿Te gusta dibujar paisajes? En el *veld*, quiero decir, con árboles y animales como los que tenemos en la granja...

—No mucho. —Ni tan siquiera levantó la mirada—. Por ahora intento concentrarme en los retratos. Como puedes ver.

A Hannah no le pasó por alto el desaire, se sintió rechazada. Tendría que esperar a otra ocasión para invitarla. A veces no entendía por qué la habían mandado al convento. Todas las otras hijas de granjeros afrikáners iban a la escuela Kikoma, donde había chicos y chicas, y no era religiosa. Hannah recordaba la discusión que había oído mientras estaba sentada en su alféizar preferido, oculta entre las densas cortinas de la sala de estar.

—No es lo mismo, Jan. —Lottie hablaba con firmeza—. Te saliste con la tuya con la educación de Piet. Estudió en Kikoma y le ha ido bien. Es duro y listo, y muy independiente. Pero Hannah no es así, aunque lo parezca. Y yo no soy afrikáner, como tú. Quiero que nuestra hija se relacione con otra gente, que vea más allá de las miras estrechas de vuestros pesimistas reformistas holandeses.

—Piet no es de miras estrechas. Ni pesimista.

—Siempre que tiene tiempo libre, lo pasa contigo y conmigo. —Lottie pasó por alto sus palabras, impaciente—. No olvides que, cuando Hannah nació, Piet llevaba cinco años siendo hijo único. Contaba con toda nuestra atención, y nosotros tenemos una mentalidad más abierta que la mayoría de nuestros vecinos.

—Con lo que podemos asegurarnos de que Hannah también crezca con una mentalidad abierta. Sin gastar los ahorros de nuestra vida en esa escuela.

—No, Janni. Lo mejor para Hannah es el convento. Las monjas dotan a las chicas de un refinamiento que no encontrará en Kikoma. Todo el mundo dice que ese lugar es un *beifer boma*, y creo que con razón.

—Más vale que tu amiga Katja van Rensburg no te oiga decir eso de sus hijas. —Jan se reía. Su mujer se ponía guapa cuando se enfadaba. Su piel color aceituna se sonrosaba, y el espíritu de su sangre italiana le asomaba a los ojos al gesticular haciendo hincapié en lo que quería decir—. Es un internado, Lottie. No querrás que Hannah viva allí, a poco más de quince kilómetros de casa...

—No, claro que no. Pero también tienen alumnas no internas. Hay unas veinte de la ciudad que...

—Son hijas de británicos..., comisarios del distrito y doctores, y el resto empresarios y granjeros ingleses. Ya sé que las esposas de algunos de ellos son amigas tuyas. Pero nuestra familia es diferente. —Jan aspiró de su pipa—. Le costará encajar en el convento. Todos necesitamos sentir que pertenecemos a algún lugar. Sobre todo a esa edad. Hannah no pasará el resto de su vida con británicos, ni con tu familia de Johannesburgo. Es afrikáner y quiero que esté orgullosa de serlo.

—Debe sentirse a gusto con ambas herencias, Janni, y beneficiarse libremente de ello más adelante, independientemente de donde vaya a parar.—Lottie se inclinó sobre la silla de su marido y lo besó en la frente—. Quiero que vaya al convento, de verdad. Quiero que escribas su nombre ahora mismo y me acompañes a una entrevista con la madre superiora. Y no tengo nada más que añadir.

—¿Y de dónde sacaremos el dinero? —dijo Jan—. El convento es muy caro. Tendríamos que gastar parte de lo que hemos ahorrado. ¿Y si hay sequía, o surge un brote de peste bovina, o si necesitamos un tractor nuevo? ¿Entonces qué?

—Nuestra hija es más importante que un tractor nuevo —respondió Lottie—. No podemos privarla de la mejor educación por miedo a algo que tal vez nunca suceda en la granja.

Jan decidió retirarse y ganar tiempo.

—Ya puedes encargarte tú de todo. A mí no me entrevistará ninguna madre superiora. Y no tengo nada más que añadir.

Dos años después, Hannah pensaba que su padre tal vez estuviera en lo cierto. No se sentía a gusto en el convento y todavía no tenía amigas íntimas. Pero era buena en deporte y, por la tarde, en los campeonatos escolares de hockey, tuvo ocasión de lucirse y marcó cuatro de los cinco goles de su equipo, lo que lo situó a la cabeza de la liga. Era la estrella del día. Acabó el partido con el rostro sonrojado por el esfuerzo y la victoria. Cuando Sarah Mackay se acercó a felicitarla, se armó repentinamente de valor y soltó el discurso que tantas veces había ensayado mentalmente.

—Excelente trabajo de equipo, Sarah. Oh, ahí está mi madre. Quería preguntarte si te gustaría venir a comer con nosotros un fin de semana. —Mientras pronunciaba las palabras de corrido, vio aparecer a Camilla Broughton-Smith—. Y tú también, Camilla.

Hannah no podía creer que estuviera diciendo eso, pero había más posibilidades de que vinieran si se lo pedía a las dos,

—Yo también, ¿qué? Enhorabuena, por cierto, has jugado fenomenal. Has dejado a esas pardillas con un palmo de narices. —Camilla rodeó los hombros de Sarah con su blanco brazo.

—A mi madre le gustaría que vinierais las dos a comer con nosotras. Este fin de semana. Bueno, cualquier fin de semana. Si queréis, claro.

El valor de Hannah se evaporó rápidamente y empezó a sentir la punzada de la vergüenza. No tendría ni que haber empezado. Sarah la miraba fijamente con la boca abierta.

—¡Qué estupenda idea! —Camilla le dio un codazo a su amiga—. Ya lo creo que nos encantaría ir, ¿verdad, Sarah? Nunca he estado en ninguna granja de por aquí. ¿Tenéis vacas y ovejas? ¿Y caballos?

—Mamá, te presento a Sarah Mackay. —Hannah sintió que no tenía más alternativa que continuar—. Ya la conociste, ¿te acuerdas? Y a Camilla Broughton-Smith. A las dos les gustaría venir a comer, como propusiste.

—Perfecto. Ahora mismo me pongo de acuerdo con la hermana Evangelis. —Lottie sonrió a su hija—. ¿Qué tal este fin de semana? ¿os va bien, chicas? Si hace bueno, podríamos montar un *breiflies*. Y Piet estará en casa. Si queréis, traeros los bañadores. Hay una poza, pero os advierto que el agua está fría.

La granja Langani había sido propiedad de los Van der Beer desde 1906, cuando la familia llegó a Kenia. Habían traído consigo los carros en el barco desde Sudáfrica. En el montón de chozas que habría de convertirse en la ciudad de Nairobi, habían comprado una yunta de bueyes no amaestrados y algunos enseres básicos antes de ponerse en camino hacia las selvas de las tierras altas, abriéndose paso con sus pesados muebles y pertenencias, perdiendo el aliento según el aire mermaba, recorriendo con dificultad kilómetros de fango resbaladizo que tiraba de ellos, haciéndolos caer a cada paso. Unas veces se abrían camino a machetazos entre la densa vegetación, otras temblaban en medio de un frío glacial, de la niebla y el vaho, para alcanzar la nueva tierra prometida y los acres que les habían asignado. Habían librado una batalla de años contra la áspera tierra, arrancando nuevos cultivos de aquel suelo que se les resistía; sufriendo por los animales que morían, la roya en las espigas, la sequía asfixiante, la lluvia torrencial y las langostas que revoloteaban sobre los cultivos en maduración y que convertían su cosecha en un sueño que se esfumaba. Sin embargo, la perseverancia era la piedra angular de los afrikáners. Poco a poco, con la obstinación que los caracterizaba, domaron y moldearon su entorno.

A Sarah le quedaría grabada en la memoria la primera vez que vio el jardín de Lottie en la granja Langani. La casa era alargada y baja, construida con piedra de la región, con paredes gruesas y chimeneas altas. Unas columnas de piedra ocultas tras franjas enredadas de madreSelva y buganvilla sostenían un tejado inclinado de zinc. La gran veranda daba a un césped aterciopelado y unos brillantes parterres curvados, pero más allá de los árboles y arbustos bellamente cuidados se extendían llanuras abiertas, moteadas de espinos y compartidas con manadas de cebras, jirafas, gacelas, elefantes y búfalos. Un seto recortado era cuanto separaba el jardín de la jungla, una muralla frágil frente al monte invasor y la fauna que merodeaba por el lugar. Más allá de las llanuras planas, se alzaban las cimas nevadas del monte Kenia, brillantes, sobre la bóveda celeste.

En esa primera visita a la granja, Jan van der Beer preparó una barbacoa para comer en el exterior, bajo los árboles, y luego Lottie las llevó en coche hasta el río. El agua, que bajaba precipitadamente desde las cumbres de nieve derretida de la montaña, estaba, en efecto, helada. Sarah chilló al saltar, temeraria, desde la orilla a la poza, bajo la cascada. Hannah, a salvo en la orilla, reía, mientras Sarah luchaba por recobrar el aliento, chapoteando con fuerza para desentumecer sus extremidades, heladas.

—Ya te avisamos, pero no hiciste caso —gritó Hannah.

—Venga, no te quedes ahí riendo como un babuino. Si tanta gracia te hace, métete en el agua. Tú también, Camilla. No irás a quedarte ahí tendida en la hierba, como si fueras una estrella de cine.

Hannah bajaba gateando por la orilla del río cuando se oyó otra voz a sus espaldas.

—¡Venga, señoritas patéticas! Ya podéis iros metiendo o tendré que ayudaros y no será poco a poco.

Piet van der Beer, alto y desgarbado, apareció en la orilla y se quitó la camisa caqui, las botas y los calcetines. Se oyó un grito cuando saltó, al agua sujetándose las rodillas contra el pecho. Segundos más tarde salió a la superficie junto a Sarah, sacudiéndose el agua de la piel, alisándose el cabello rubio con sus dedos morenos, sonriéndole a través de sus pestañas salpicadas de gotas de agua. El cuerpo helado de ella empezó a sentir calor. Por primera vez en la vida fue consciente de sus pequeños pechos, bajo el sencillo bañador escolar, de sus piernas y brazos ligeramente regordetes. Bizqueó por la luz del sol y luego le hizo un guiño. Se echó a reír, inclinando la cabeza hacia atrás, en medio de la cálida luz del sol. Fue un momento de revelación que cambió la vida de ella para siempre.